

Alicante

EXPLOSIÓN EN CAROLINAS (II)

GERARD MUÑOZ



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz

Aquel sábado 26 de mayo de 1934, a las siete y cuarto de la mañana, **Vicente Jornet Arques**, más conocido como **Sento**, salió de su casa después de desayunar para fumarse un cigarro. Nunca fumaba dentro de su casa, que formaba ángulo entre las calles Garbinet y República. Hacía muchos años que se le tenía alquilada a la cigarrera **Carmen Poveda Baeza** por 20 pesetas mensuales.

Poco después su esposa salió también de la casa. Como cada día a la misma hora, **Antonia Vera Bernabeu** iba a casa de su sobrina y vecina **Antonia**, que vivía en el número 22 de la calle Garbinet, para que le peinara, antes de que ésta se marchara a trabajar a la cercana Fábrica de Tabacos. A sus 70 años, Antonia Vera padecía una artritis tan severa que le impedía cepillarse el cabello. Antes de irse le preguntó a su marido qué quería para comer y él le respondió que «un puchet».

Sento también tenía 70 años y se hallaba regular de salud. Desde hacía unos años andaba con dificultad debido a una enfermedad renal. Unos meses atrás había ido con su esposa a Barcelona, donde le operaron de dos quistes en los riñones. Se hospedaron en casa de su hija **Antonia**, de 37 años de edad, casada y domiciliada en el quinto piso de la calle del Mar, número 32. Tenían otro hijo que vivía en Alicante, pero no con ellos. Se llamaba **Vicente**, tenía 30 años y estudiaba Odontología.

Después de apurar la colilla, Sento entró en su casa. Su sobrino Juan se estaba retrasando y decidió no esperarle más. **Juan Espinosa Vera**, conocido como **El Sordo**, tenía una barbería en el número 133 de la calle Sevilla y todos los sábados, entre las seis y media y las siete de la mañana, venía a casa de Sento para afeitarse.

Ya dentro de la vivienda, Sento penetró en la habitación contigua al dormitorio principal. Era su santasanctórum: un cuarto de dos metros y medio de largo, por dos de ancho. Había una ventana que daba a la calle Garbinet. Ahí dentro tenía todos los ingredientes y materiales precisos para confeccionar los cohetes que vendía desde hacía años. Faltaba menos de un mes para el inicio de las fiestas de San Juan y te-



nía mucho trabajo por hacer. Se acercó arrastrando los pies hasta el estante donde tenía varias botellas grandes llenas de un polvo grisáceo que utilizaba para rellenar los cohetes. Usaba muy poca cantidad, que cogía con ayuda de un sobre. Pero esta vez la botella se le escurrió de la mano y fue a estrellarse en el suelo.

Eran las siete y media cuando acaeció la terrible explosión que ocasionó el derrumbe de seis casas y desperfectos en otras 140 del barrio alicantino de Carolinas Bajas. Murieron cinco personas: dos niñas, dos mujeres y un hombre. Este último era Sento, el dueño del taller clandestino de pirotecnia donde se originó el siniestro. Sus restos quedaron esparcidos en un radio de doscientos metros.

En la madrugada siguiente fueron detenidos un cuñado de Sento, **Pepet Vera**, también pirotécnico, y dos ayudantes suyos. En los depósitos clandestinos que tenían en la carretera de Valencia, los policías hallaron, además de pólvora y material para fabricar cohetes, un paquete con una mezcla de antimonio aluminio y clorato potásico que consideraron altamente peligrosa.

Los policías no encontraron dinamita en aquellos registros, pero eso no fue inconveniente para que algunos periódicos alicantinos informaran de la existencia de dinamita en aquellos depósitos.

Algo parecido sucedió con lo encontrado donde había estado el taller pirotécnico de la calle Garbinet que había explotado.

Aunque la exigencia de responsabilidades por la existencia de un taller pirotécnico clandestino en la ciudad fue unánime en la prensa alicantina, diarios como *El Día* y, en menor medida, *Diario de Alicante*, dieron por hecho que las autoridades locales sabían de tal existencia porque el pirotécnico **Jornet** llevaba treinta años confeccionando y vendiendo petardos y cohetes, y además varios vecinos lo habían denunciado, sin que el Ayuntamiento hubiera hecho nada.

Las autorizaciones e inspeccio-

nes periódicas de las pirotecnias eran responsabilidad de la Jefatura de Minas, del Gobierno Civil y del Ministerio de Obras Públicas. La Guardia Urbana solo podía realizar un registro si se presentaba una denuncia y desde el Ayuntamiento se aseguró que no había constancia de ninguna.

Los obreros de las brigadas municipales hallaron en los trabajos de desescombro varios paquetes de pólvora, un saquito de clorato y unos botes de hojalata con forma de pequeños morteros, que rápidamente se identificaron popularmente como moldes para fabricar bombas. No se encontró dinamita, pero algunos periódicos informaron de que una explosión de tal magnitud solo podía haberse producido, en opinión de prestigiosos especialistas, por la detonación de una gran cantidad de dinamita, calculando un mínimo de 500 kilos.

«¿De dónde salió la dinamita que derrumbó la cruz de piedra de la ladera del castillo de San Fernando y la de Fusta, de la carretera de San Juan?», se preguntó *El Día* el 29 de mayo, insinuando que el material usado poco antes para derribar aquellas cruces había salido del taller de Sento. «Y el **Jornet**, si era un hombre que solamente vendía truenos y cohetes de poca fuerza expulsiva y detonadora, ¿para qué quería 500 kilos de dinamita?», se preguntó *Diario de Alicante* (1 junio). Con esa misma fecha y bajo el título «La casa siniestrada era una fábrica de bombas», *El Día* informaba de que «el desgraciado **Jornet**, protegido por algunos elementos políticos trabajó sin miedo a ser denunciado; y es probable que esos mismos elementos le pusieron en contacto con los dinamiteros de Elda y Elche. Indiscutiblemente, en Alicante estaban fabricados los petardos que derrumbaron las cruces de San Fernando y Fusta (...)».

Entre los días 4 y 7 de junio *El Luchador* desmontó aquel infundio publicando una serie de entrevistas realizadas a las personas que más estrechamente conocían al pirotécnico fallecido, quienes le describieron como un hombre pobre pero

trabajador, dueño de un taller clandestino pero sumamente cuidadoso y prudente, aunque también enfermo y quizás desconocedor de las reacciones que podrían tener ciertos productos que manejaba.

Amadeo Vera Bernabeu, hermano de la viuda de Sento y pirotécnico experimentado, propietario de un taller autorizado en Benimarell, dijo haberse distanciado de su hermano **Pepet** (que estaba en la cárcel) y de su cuñado difunto porque ambos le hacían una competencia desleal, pues vendían el material más barato que él gracias a que lo fabricaban clandestinamente. Sin embargo, aseguró que tanto su hermano como su cuñado eran buenas personas y pirotécnicos responsables. Pero también reconoció que Sento ignoraba el peligro de ciertas materias.

«Se han encontrado unos botes de hojadelata, que dicen que eran para la fabricación de bombas», preguntó el periodista.

«Nada de bombas -respondió Amadeo-. Esos botes son para confeccionar las carcasas».

«Pero es que la Guardia Civil ha recogido un bote más grande de zinc, de forma cilíndrica y con un espiral de alambre, que se dice puede servir para fabricar bombas».

«La construcción de ese tubo fue idea mía y sirve para que, después de lanzar las carcasas al espacio y de una primera explosión, puedan seguir elevándose sin torcerse».

Amadeo descartó que el material causante de aquella tremenda explosión en casa de su hermana se debiese a la nitroglicerina, pues para inflamarse necesitaba que le aplicaran fuego y Sento era muy previsor. «No fumaba en casa nunca», dijo. También descartó la dinamita, ya que «se gasta poco en nuestra industria. No creo que él tuviera cantidad (...). Además, que la dinamita, para que haga explosión necesita del fulminante».

El material que causó la explosión, en opinión de Amadeo, fue una composición de polvo de silicio y clorato potásico que algunos pirotécnicos usaban para rellenar los cohetes. «Se inflama mucho más rápidamente que la dinamita y si en vez del fuego se le hace estallar por percusión, entonces la explosión es veinte veces mayor que la producida por la dinamita». Amadeo lo sabía por experiencia, pues «hace más de ocho años, perdí la mano izquierda en un ensayo del producto. Y eso que era una carga insignificante». Más recientemente, un pirotécnico de Tángel había perdido tres dedos de una mano, en Callosa murieron un pirotécnico y otras tres personas, y en Yecla otro pirotécnico y cinco de sus hijos, por culpa de ese mismo material. «No he querido tener cantidad jamás. Porque con un frasquito que caiga al suelo desde cierta altura, es lo bastante para producir una catástrofe (...). Y si mi cuñado, al coger la botella donde lo guardaba, se le cayó al suelo...».